

En Homenaje
a
Marisol Pascual Pascual

Querida Marisol:

En todos estos años, una de las muchas cosas que hemos aprendido de ti es a no esconder la cabeza ante las tareas difíciles, a anclar bien los pies en el suelo, y a enfrentar lo que haya que enfrentar, tanto a nivel académico como personal, sin miedo y con entusiasmo.

Pero nunca pensé que dedicarte un editorial de nuestra revista Tavira habría de ser uno de los más difíciles retos a los que debería hacer frente.

Porque... ¡qué podría decirte a ti de tu significado e influencia sobre tantos y tantos profesores y alumnos, sin caer en tópicos lisonjeros o en una fría semblanza biográfica!... A ti, que abominas del boato y la pompa, escéptica ante las palabras vacías y formales, y enemiga personal de homenajes públicos...

Además, eres demasiado especial para entrar dentro del molde característico de lo que debe suponer un reconocido y público agradecimiento a tu intensa, apasionada y profunda labor académica y docente.

Permíteme, por tanto, que yo también me salga un poco de la norma y te escriba, sencillamente, esta carta abierta, dictada desde el fondo de mi corazón, por el enorme cariño que tantos otros y yo te profesamos.

Volvamos un momento la vista atrás, Marisol. ¿Has visto qué cerca está todo aún?. ¿No oyes claramente tu voz discutiendo sobre Leibniz, sobre Aristóteles, analizando el discurso cartesiano con tus compañeros de carrera? ¿No ves el orgullo de tu madre ahora que acabas de obtener tu cátedra? ¿No te late el corazón en tu lucha por la Normal?. ¿No sientes el gozo inmenso de salir de una clase donde les has dejado a los «niños» tanto de ti...?

Quizás pocas personas son capaces de sospechar lo joven que has sido siempre y que aún eres.

Porque sólo los jóvenes conservan esa pasión por la vida que te caracteriza. Sólo los jóvenes como tú aman la trascendencia hasta con vehemencia y son capaces de emocionarse y de sentir con tanta profundidad las cosas. Sólo los jóvenes reniegan del cansancio y disfrutan haciendo travesuras,

y, al igual que tú, hacen brillar sus ojos al saber que son ellos quienes pasan por la vida y no la vida por ellos.

Hay ocasiones en que nuestra mirada, como la tuya, se detiene por encima del horizonte, y disertamos en silencio sobre la vida, sobre los valores perdidos y los hallados, sobre el género humano. Y entonces recordamos...

Si tuviéramos que elegir una sola cosa de entre todas las que hemos aprendido de ti, debería ser una que no proceda de una transmisión verbal, sino del conocimiento que hemos tenido de ti a lo largo de estos años: el mirar siempre más allá de las apariencias; el no dejarnos engañar por lo que ve nuestra vista, y mirar siempre las cosas con el corazón.

Seguimos aún aprendiendo tantas cosas de ti que nunca será posible concebir la Escuela sin tu presencia (¡salvo, claro está, esos días de lluvia donde hasta el magnífico espíritu del Archivo debe conformarse con no verte!...)

Por eso nos es fácil comprenderte y asumir la futilidad de un público homenaje, porque eso es algo que se hace para los que se van, para los que desaparecen y no vuelven... un vano intento de decir que no debemos olvidarnos de esta persona... ¡como si eso fuera posible en tu caso!

Y hablo no sólo como profesora, porque empatizo contigo en el pleno disfrute de la enseñanza, en esa especie de borrachera eufórica que nos embarga dentro del aula, en ese infinito placer de la comunicación docente donde casi siempre uno aprende más de lo que está enseñando.

También hablo en nombre de tantos alumnos que hemos compartido, y que luego tanto me hablaban de ti. Porque, siendo una de las asignaturas más áridas para ellos, y siendo una de las profesoras más exigentes, pocos, en cambio, eran capaces de resistirse a perderse una de tus clases donde eras capaz de transportarlos al universo filosófico, y convencerlos, por ejemplo, de que, si la percepción es subjetiva ¿quién puede estar seguro de que fuera de las cuatro paredes del aula algo tiene existencia real?

Y hablo, por último, con el orgullo que me da poseer tu amistad más profunda, y haber disfrutado de tu sabiduría y de tu experiencia —que espero me sigas brindando después de esto todavía muchos años— que con tanta generosidad siempre me has regalado.

Una vez me preguntaste que dónde iban los recuerdos de alguien cuando se moría. Decías que era lo único que te horrorizaba de la muerte, porque tenías tantos recuerdos de personas ya desaparecidas que cuando tú murieras ellos también se perderían y morirían contigo. Yo te contesté que sólo transmitiéndoselos a otros es posible perpetuar a tus seres queridos.

Por eso, humildemente, desde aquí, he intentado que una pequeña por-

ción de esos recuerdos –algunos de los cuales yo comparto– queden impresos en estas páginas, y sean, a su vez, compartidos con otros.

Y déjame decir, en palabras de Unamuno, lo que todos sentimos por ti, y que ninguno, como él, tal y como lo escribe en su ensayo sobre la carta de un maestro, podríamos expresar mejor.

«A las veces, salva los mares del olvido en la Historia algún maestro venerable que nada nos dejó escrito, pero cuyo nombre pronuncian con respeto los que fueron sus discípulos. Así el nombre de Sócrates, que Platón y Jenofonte, sobre todo, nos lo han transmitido rodeado de inmarchitable gloria, y que con ella persiste, a pesar de las fáciles rechiflas de Aristófanes. Porque el «titeo», como tiene origen tan miserable y mezquino, se hunde pronto.

No nos damos bien siempre cuenta de lo que es esa labor oscura y tenaz, de lo que es la obra de la palabra viva, vertida un día y otro en la intimidad del afecto que crea el trato, mirándose maestro y discípulo a los ojos, sintiéndose mutuamente la respiración cálida».

Gracias, Marisol, por ser como eres, y seguir aquí.